
¿QUÉ ES EL DOLOR PARA MARÍA?

ROSE-MARIE MARIACA FELLMANN*

El psicoanálisis ha descubierto con el inconsciente la paradoja del sujeto constituido por aquello que no puede saber. Este descubrimiento es correlativo a la profunda dependencia del sujeto respecto a las palabras. Desde el momento en que habla, el sujeto está determinado por ellas de una manera que no puede escapar, puesto que está él mismo constituido como efecto de los componentes de su discurso, ubicándose, por decirlo de alguna manera, en un punto ciego. El sujeto sólo puede asirse a sí mismo en el interior de su estructura, como efecto de un significante que remitirá a otro significante.

Este es un caso particular que ilustra de una manera ejemplar el modo singular como nos relacionamos con el dolor a partir de una red significativa, es decir, específicamente, con algunas palabras. En un mar de palabras algunas nos tocan de manera especial, unas nos convocan, otras no. El significado que estas palabras específicas adquieren no será necesariamente un lugar común o un lugar de encuentro, dado que no tendrán el mismo significado para todos. El inconsciente se manifiesta ahí en todo su esplendor. Y es a partir de estas palabras que —en muchos casos, no en todos— se organizará el sentido y la vida emocional, incluido el dolor.

María¹, según las palabras del autor, “tenía un terrible y misterioso defecto: no sentía dolor²”; en vez de eso sentía “*ersatz*”. Esta palabra es un significante que nombraba la manera como sentía algo, es decir, no estaba anestesiada. Esta es una denominación proveniente de María, es “una palabra críptica y secreta que era su equivalente personal de ‘dolor’³”.

Con la palabra “*ersatz*” nombraba “una sensación intensa, no desagradable, de punción, de calor o de presión⁴”. No experimentaba “el dolor⁵” como se imaginaba que todos los demás lo sentían. Nombrarlo con esta palabra circunscribe su manera de sentir. En vez de “dolor” sentía “*ersatz*”. Es una particularidad que remite a una singularidad. La particularidad es María, la singularidad es su síntoma.

mariacaf@infosel.net.mx

Este texto comenta el artículo de José Luis Díaz (2002), “El dolor de María”, *Ludus Vitalis* 10(18): 149-154. Disponible en www.ludusvitalis.org / debates.

Hay un dato importante y es la connotación valorativa atribuida desde sus padres a propósito de que “esa sensación intensa era mala”, con su respectivo efecto implícito; tenía que dejar de sentir así. A esto se suma el hecho de sentirse un “fenómeno”. La palabra “fenómeno” es otro significante. Significa para ella (tomando las palabras del autor del texto) alguien sin alma, un animal, dado que los animales —tal como ella lo cree, en ese entonces— no sienten dolor porque no tienen alma, hasta que descubre que su gato siente dolor; por lo tanto, ella es aún peor que un animal. “Fenómeno” también significa para ella “zombi”, algo o alguien que no tiene “conciencia” de dolor. Esta falta de “conciencia” será lo que la orientará en su búsqueda respecto al “dolor” por el mundo de la neurofisiología, es decir, a la búsqueda del lugar fisiológico donde se encuentra la conciencia del dolor.

Esa es una disciplina que, en este caso, contribuyó a alejarla de su personal modo de sentir y esto no será sin efecto, dado que en su travesía por ese mundo de la neurofisiología intentará descubrir por qué ella no puede sentir dolor al modo de los “demás”. Con la idea *a priori* de que existe una misma neurofisiología similar para todos, un lugar exacto donde se hospeda la conciencia del dolor y, por lo tanto, que de ahí tiene que salir una explicación común. Es una búsqueda por el mundo de la semejanza —ser igual a los demás— que la llevará a un recorrido interesante pero extraviado y sin respuesta respecto a su pregunta: ¿Cómo es “el dolor”? ¿Qué se siente? Ese “se” en tercera persona remite a un impersonal, y la aleja de un posible acercamiento y confrontación respecto a su particularidad. Correlativamente, ubica el terreno de la neurofisiología del lado de lo impersonal al pretender buscar una respuesta generalizada. Su particularidad es lo que trata a toda costa de evitar. Posiblemente las fantasías de zombi, de fenómeno, contribuyeron arduamente en esto. Su búsqueda está orientada por la reacción que visualmente percibe en los demás ante el dolor, reacciones de grito, de gesticulación, de huida, y genera un terreno ajeno a sí misma, pero igual para todos los demás, según su visión (y la de sus padres) pero diferente a su sentir, porque a ella no le pasa lo mismo.

Creyó durante un tiempo que el dolor era gritar y hacer gestos y se puso a intentarlo. Cada vez que se daba cuenta de que se había cortado o magullado se ponía a aullar, torcía la boca y fruncía el entrecejo, pero sólo se sentía ridícula (...). Sin embargo, aprendió a gesticular bastante bien y aun a tomar una que otra aspirina en público para no ser vista como un fenómeno⁷.

Esto es, aprendió a actuar a semejanza de los demás; sin darse cuenta que al imitar como una marioneta vacía, alimentaba y generaba su estatuto de “zombi”.

Hay muchos tipos de “dolor” y muchas maneras de expresarlo y de reaccionar ante él, aunque se use la palabra “dolor” para nombrarlo casi en exclusiva, como si hubiera una sola clase o tipo de “dolor”.

Cuando alguien dice “me duele”, en realidad no se puede saber qué siente. En el caso de María su “dolor” estaba en no sentir como los demás y en sentir lo que sentía. Sabemos por el autor que “María era muy infeliz”⁸. La infelicidad también es un dolor, con la particularidad de ser incorporal.

“*Ersatz*” es una palabra que proviene del alemán y que significa sustitución, remplazo, compensación, indemnización, reparación, reintegro⁹. En inglés significa sustituto, equivalente, usualmente inferior al producto o material original¹⁰ y, finalmente, en español significa sucedáneo, contranatura¹¹. Puede verse que no es un neologismo. Desconozco la lengua que María hablaba y desconozco su lengua materna, pero los estudios que llevó a cabo en Canadá y en Estados Unidos indican que esa palabra la conocía, independientemente del significado particular que le otorgaba. Efectivamente, hay una sustitución de “dolor” por “*ersatz*”. Pero esa sustitución indica algo, indica precisamente que en el lugar del “dolor” estaba “*ersatz*”. María se infligía “*ersatz*” a sí misma, se mordía la lengua, se hacía moretones, agarraba cables vivos de luz que le causaban gracia, se cortaba con cristales o se aplastaba los dedos con un martillo.

El caso está escrito por una persona que narra que conoció a María y por ello el relato está mediado por su particular lectura; queda expuesta su ubicación frente al asunto. Titula su escrito *El dolor de María. Un cuento de neurociencia ficción* en donde narra algo que le parece un cuento de hadas y lo hace como si lo fuera, aclarando, sin embargo, que es “verdad”; información que tiene debido a que conoce detalles del caso. Hay algo no creíble para él en el relato de María. Inicia el texto diciendo: “Lo que voy a referir a continuación parece un cuento de hadas, y por eso lo relato como si lo fuera”. Se deja llevar por el “parecer”, por la apariencia. Esto no está mal, dado que es una manera de presentación del caso y del síntoma. El problema radica en la lectura que hace de lo que se le presenta así. Hace una lectura de ficción incluyendo a la neurociencia. Para María también la neurociencia adquiere el estatuto de ficción, dado que en su recorrido por esta disciplina, como médica, como investigadora del dolor, como experimentadora (realiza experimentos en sí misma) no logra involucrarse en lo personal con su particularidad, y ésta no es el no sentir dolor, sino el sentir “*ersartz*”. Este es un dato importante porque es la punta del hilo que hubiera permitido iniciar un recorrido de desanudamiento y de ubicación del lugar estratégico que el síntoma sostenía. María “se había dado cuenta que ella tenía intacto el sistema fisiológico que permite ubicar la intensidad y la localización del dolor, pero que carecía del sistema que entrega la sensación dolorosa misma y que empieza en unas fibras nerviosas particulares, llamadas fibras C. Su curiosidad le había llevado a

comprobar que ella sí tenía fibras C, así que el defecto debería estar en otra parte ¹²". Aun así insistió en buscar la respuesta en el campo de la neurofisiología.

El autor dice que María "había aprendido a sentir el deseo de evitar los estímulos dañinos al cuerpo y a generar cierta urgencia en que las lesiones sanaran con rapidez". Aprender a sentir un deseo es no deseárselo en absoluto, es sólo un aprendizaje.

"Por ser malo" tenía prohibido relacionarse con su "ersatz" a partir de lo agradable, lo cual no haría a simple vista un masoquista, aunque son prácticas que en muchas ocasiones se esconden o se disfrazan provocando un goce particular cuando aparecen en todo su esplendor en ciertos momentos camuflados. Lo que hizo María fue ofrecerse voluntariamente para experimentar sobre su persona. El autocerebroscopio es un instrumento para medir y ver los resultados de descargas neuronales típicas del "dolor" a partir de radiaciones electromagnéticas sobre puntos precisos del cerebro. María llegó a descargar cincuenta hertz de radiación sobre su cerebro. No sintió dolor. Sintió "ersatz".

El experimento sirvió para que el mundo científico cuestionara "el paradigma según el cual el dolor tenía que ser idéntico para todos y/o estar relacionado con una actividad fisiológica particular del sistema nervioso ¹³".

¡Llegar a este resultado en un ámbito así es maravilloso! Dicho resultado invita forzosamente a hacer caso de lo que otras disciplinas pueden decir sobre el dolor. Invita a incurrir en otros campos en donde sí puede haber una posible respuesta desde la particularidad, "pero ella no compartió esta opinión derrotista ¹⁴".

María quería ser como los demás, y dejar de sentirse como una "sin alma" o una "zombi sin conciencia". Dar un lugar a su "ersatz" hubiera posiblemente implicado un recorrido angustiante para ella, en la medida en que la hubiera acercado momentáneamente, en el mejor de los casos, a lo que más temía: ser una zombi. Hay otro dato, algo sorprendente, y es su empeño en no querer considerar el dolor como "algo incorporeal". Tan es así que cuando se da cuenta que la respuesta que ella busca no puede venir de la neurociencia y decide retirarse, llega a contemplar la idea del suicidio, "de un suicidio aparatoso pero que sería trágicamente analgésico ¹⁵". Ni en el último momento logra escapar del engranaje en el que se encuentra. Éste no hubiera consistido en efectuar un suicidio "trágicamente analgésico", porque no es anestesia lo que sentía, sino que hubiera consistido en efectuar un suicidio "trágicamente *erstaz*" con todas las connotaciones que implicaba para ella.

Hasta que la respuesta vino de otro lado. Soñó el dolor:

Mientras María estaba dormida (...) y soñaba que podía finalmente saber lo que era el dolor, llegando a vislumbrar una experiencia dolorosa en el sueño, se corrigió el defecto que le impedía sentirlo. (...) María se despertó abatida recordando el fracaso de toda su vida. Para el colmo de sus males encontró muerto a “Descartes”, el viejo gato, su polo opuesto, quien había permanecido a su lado muchos años. Mientras lo enterraba en el jardín notó que la tristeza tenía un componente nuevo, realmente angustiante y lacerante. Presa de una tribulación inédita, al prepararse el café de la mañana torpemente tiró al suelo la cafetera de cristal que se rompió quemando y cortándole un pie. María sintió una sensación desconocida y terrible en la zona de la herida. Se tiró al suelo y acuciando el pie con toda delicadeza entre las manos gritó y lloró auténticamente. Le tomó unos segundos darse cuenta, con gratitud y alivio, de que acababa de conocer el dolor ¹⁶.

Darle un lugar al sueño y ubicar, como lo hace el autor del caso, que en el sueño “se corrigió el defecto que le impedía sentirlo” remite a, implica una localización del problema en cuestión, en donde lo corporal —así como estaban planteadas las cosas— está en segundo plano, quedando justamente “lo incorporal” en un primer plano con su respectiva tristeza y angustia. Y esto no es estrictamente del todo correcto, dado que “*ersatz*” estaba en un primer plano y en lo corporal desde un principio. El problema radicó en una insistencia en dar sentido al “dolor” tal como los demás lo sienten, con su respectiva búsqueda de conciencia en el lugar equivocado.

El sueño en el que vislumbró una experiencia dolorosa, posiblemente efecto del dolor proveniente de su idea de suicidio, re-significó “la herida” provocándole una sensación desconocida que le permitió gritar y llorar auténticamente. No es mucho más lo que se puede decir al respecto, dado que desconocemos el contenido del sueño. La idea de suicidio es una idea límite en un momento límite capaz de desencadenar —asociado a otros elementos— efectos inesperados.

Dentro de la amplia gama del “dolor” es necesario ubicar que hay quienes lo disfrutan. Hay también quienes se organizan a partir del “dolor”. Otros que se desorganizan a partir del “dolor”. Hay quienes se autoflagelan y sienten un encuentro místico en ello, y el dolor sentido queda en otro registro. Hay quienes se cortan para mejor reconocerse. Hay quienes piden a otro que les inflija dolor para calmar una angustia. Quienes se hacen intervenir quirúrgicamente para mejorar su “imagen”, con el respectivo dolor concomitante. No está de más recordar el caso de dos niños autistas relatado por Bettelheim ¹⁷, en el que uno de ellos sentía un tremendo dolor de muelas y al revisarlo encontraron que no tenía absolutamente nada. El otro niño no tenía dolencia alguna y encontraron que tenía los dientes tan cariados que habría doblado de dolor a más de uno;

su ¿anestesia? los dejo atónitos. La lista sería casi infinita; cobra la palabra “dolor” un sentido y por tanto una ubicación precisa y distinta en cada caso. Y no estoy hablando de “dolores” menores, sino de un ámbito donde el “dolor” aparece circunscrito en su particularidad, más allá de diagnósticos.

Es preciso aclarar que, al no poder trabajar directamente con el discurso de María, es decir, con sus propias palabras, quedo limitada con excepción de algunas palabras usadas por el autor que provienen directamente de María. En este caso “*ersatz*” es la palabra que pasa (en el sentido de pasaje, de vía de un lugar a otro) y que me llega permitiéndome darle un lugar, hacerle caso. Mi lectura se remite a la presentación que hace de ella un tercero, quedando entonces incluido. Es un caso interesante por la insistencia en poner el acento en lo fisiológico, relegando el mundo de las emociones —el dolor— a un lugar casi inexistente. En paralelo, y curiosamente, su vida afectiva era casi inexistente, para María eran sólo “nimiedades”¹⁸.

NOTAS

* Psicoanalista. Miembro de la École Lacanienne de Psychanalyse.

1 José Luis Díaz. “El Dolor de María. Un cuento de neurociencia ficción”. Es indispensable la lectura de ese texto para comprender este escrito. *Ludus Vitalis*, 2002, 10(18): 149-154.

2 José Luis Díaz. “El dolor de María”. p. 149.

4 José Luis Díaz. “El dolor de María”. p. 149.

5 Entrecomillo la palabra por razones que quedarán claras con la lectura del texto.

6 Ibid. p. 149.

7 Ibid. p. 150.

8 Ibid. p. 151.

9 *Langenscheidts Handwörterbuch*. Teil I, Berlin. 1971.

10 *Standard Dictionary of the English Language. International Edition*. Funk & Wagnal company. New York. Vol 1. 1958.

11 *Diccionario del español actual*. Editorial Aguilar, 1999. Madrid.

12 Ibid. p. 151.

13 Ibid. p. 153.

14 Ibid. p. 153.

15 Ibid. p. 154.

16 Ibidem.

17 Bruno Bettelheim. *The Empty Fortress*. The Free Press. London, 1967.

18 Ibid. p. 153.